

EL ALFA Y LA OMEGA

Esa noche tuve un sueño extraño, confuso, y, bueno, para qué andar con eufemismos, asquerosamente repugnante.

Como cada atardecer, Berd aguarda en el *Ateneu* frente al trebejo. Somos amantes. Ignoro cómo hemos llegado a esa situación, a mí no me atraen los hombres, sin duda, no hasta ese punto. Bueno, el sueño es muy convincente, puedo recordar los besos apasionados de nuestras citas. Pienso si no seríamos aquellos dos hombres adultos de mi infancia.

Atravieso el pasillo ante la mirada atónita del camarero: descubro que voy completamente desnudo. Trato de parecer natural, pero dentro de mí me muero de vergüenza. Berd advierte mi llegada. No atiende a mi desnudez. Se incorpora con la intención de besarme. ¡*Puaj!* Esquivo sus labios. Observo que todos nos miran, ya saben, como se mira a dos homosexuales en público, y quiero salir huyendo. “¿Qué coño estamos haciendo?, yo no soy un maricón”, pienso. Berd se da cuenta de que algo no va bien. Me toma del brazo. Me libero de su mano. Le digo que no lo soporto más, y abandono el café furioso y abochornado. Mientras me alejo, oigo cómo solloza. Pero no me hace el menor reproche.

Fuera Gala me espera. Tampoco a ella le sorprende mi desnudez.

De repente estamos en la cama haciendo el amor. Entonces me doy cuenta de que Gala no es Gala, sino que se trata de *Nica*, mi hermana, lo cual no es óbice para seguir jodiendo asquerosamente. *Nica* me informa que tenemos que llegar al orgasmo para consumir el bautismo. Yo no entiendo qué clase de bautismo es ese, pero ella insiste en que es necesario. Me ruega que ponga más atención, y que sea un poco más delicado.

Hasta aquí el sueño.

Desperté con el cuerpo hecho un asco. Al parecer, la influencia de Berd, Gala, y ese rollo de que todo estaba permitido, me habían lanzado como un obús dispuesto a demoler hasta el último tabú. Lo más desagradable fue que me sorprendí con una erección injusta, y terriblemente desproporcionada. Aunque lo bueno de las pesadillas es que a los pocos minutos pierden el ardor guerrero, la viveza —de aplicación, asimismo, a las erecciones—, y luego solo perduran vestigios que se interpretan como absurdos, sin significado, producto del estrés mental. —Siempre y cuando no te enfrentes a un psicólogo, que seguro que tiene una teoría diferente, y fundamentalmente guarra.

Ahora bien, el recuerdo de Gala no desapareció de mi cabeza a lo largo del día, como una imagen eidética. Me vi sonriendo estúpidamente: en la ducha, durante el desayuno, fantaseando con *Yas* una nueva melodía, o cuando me dirigía al encuentro de Claudio en el *Jamboree* de la *Plaça Reial*. Por cierto, que *Yas* sonaba de maravilla. Me apunté preguntarle a Berd si le habían retocado alguna clavija. —Un interesante detalle, es que estaba aprendiendo a salir a la calle sin que la ausencia de su contacto en mi espalda me angustiara.

Llegué media hora después de lo previsto, y lo previsto era también marchar poco antes de las nueve. En contra de lo que significase ese sueño obscuro de la mañana, la cita con Berd seguía siendo el catalizador de todas mis experiencias, la que estructuraba mi proceso de crecimiento, la que daba sentido a las cosas que me sucedían, y a las que no debían de sucederme. La cita con Berd era ineludible y necesaria más que ninguna otra cosa que yo deseara.

Claudio ya había iniciado su recital, y los efectos de su hechicería podían apreciarse en las caras extasiadas de un público absolutamente entregado a sus sortilegios. En aquel momento interpretaba *Besame* en saxo tenor. Confieso que sentí una envidia sana, Claudio era un virtuoso. Claro que yo ya había visto a Petit en acción, y Petit, de seguir “jugando”, lo hubiese hecho en otra división. Pese a ello, escuchar a Claudio en

directo me fascinó. Su dominio de géneros de tan diversa procedencia como la balada, el *rock*, el *jazz*, o el *rhythm & blues*, era absolutamente prodigioso, eso sin mencionar su solvencia en saxo alto, tenor y soprano. Creo que si le hubiesen dado un botijo lo habría hecho sonar como un clarinete.

Me lanzó un guiño, e improvisó un efusivo *riff* nada más verme asomar por la puerta. “Yo también me alegro de verte”, sonreí. Algunos asistentes se giraron para ver quién era el destinatario de tan hermoso requiebro. Tomé asiento en uno de los taburetes frente a la barra —por cierto, tan limpia que me intrigó: “¿Qué producto harían servir?”.

El camarero dejó de restregar botellas de la balda y vino a interesarse por mí.

—Un *cardamomo peket tonic* —dije, solo por jorobar.

Antes de que se hiciera daño, le expliqué que era el *gin tonic* “de toda la vida”. Sonreí, no era el único panoli detrás de una barra. —Aunque según quién lo mire, tampoco delante de ella.

La sonrisa se me congeló en los labios cuando unos dedos de hielo se deslizaron por mi cuello. Casi despego del taburete.

Tras de mí, Gala lucía aquella sonrisa cegadora que te hacía dudar de si su boca no tendría una función diferente que en el resto de humanos.

—¡Gala! —exclamé tambaleándome en el taburete, y volcando torpemente el platillo de cacahuetes que acababan de servirme—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí?

—Creí que habría algo interesante que ver, y... la cosa no pinta nada mal.

Me sonrojé. Gala estaba suprema. Llevaba el cabello negro y liso, media melena, con el flequillo extremadamente corto, lo que realzaba su rostro ovalado de forma perturbadora. Esa tarde vestía como una chica normal, es decir, sin atuendos futuristas que la hiciesen parecer una extraterrestre anunciando una nueva fórmula mágica de detergente para lavadoras. Llevaba una blusa blanca ajustada pero sin marcar

excesivamente, y un seductor pañuelo enrollado en el cuello de color verde esmeralda. Embutida en unos tejanos casi blancos, muy desgastados en los muslos y en las rodillas, y subida en unos zapatos de tacón a juego con un cinturón de cuero trenzado, tan ancho como un fajín, y con el bolso estilo macuto.

Pese a sus enormes tacones, Gala seguía siendo más baja que yo. Calculé un metro setenta y cinco a vuela pluma. Tirando a delgada. Anchos hombros de nadadora y de musculatura fibrosa, como de alguien que a pesar de no aceptar las reglas ni los convencionalismos sociales, sí imponía ciertas normas a su cuerpo. Incluso sin la ropa estrafalaria —o quizás fuera por ello—, era una hembra imponente.

—¿Cómo es eso?, ¿tú?, ¿aquí?... quiero decir... sabías que yo vendría, ¿no?

No se tomó la molestia de contestar, a cambio, su mirada fue suficientemente elocuente. En todo caso, cualquier cosa que ella hubiese dicho no habría sido tan verosímil frente al hecho de verla allí, delante de mí, sonriéndome con esos labios sensuales y aquella dentadura de anuncio de pasta dental.

—Dime, ¿qué te apetece? —le ofrecí.

Gala rechazó mi invitación. “Lo que yo quiero difícilmente me lo puede servir ese camarero”, creo que fueron sus palabras exactas.

Aguardamos a que me sirvieran la copa, para luego ocupar una mesa frente al escenario. Lamentablemente, mi interés por Claudio se diluyó ante la presencia de Gala —me resulta muy difícil describirlo, pero cuanto más la miraba, más bella me parecía, más increíble que estuviese a mi lado, y más probable que desapareciera— y, lamentablemente también, el interés de Gala pareció desplazarse hacia nuestro amigo Claudio. —Un triángulo de intereses—. Me sorprendió que ella apreciase el virtuosismo del peruano. —Aunque bien visto, Gala estudiaba Bellas Artes.

—¿Te gusta el *jazz*? —pregunté, más por sacarla del hechizo que por la respuesta en sí, aunque obviamente, la respuesta también tenía su atractivo.

—Me derrite...

¿Me derrite?

De repente me sentí como uno de esos súper héroes con doble vida, sometido al escrutinio de una muchedumbre: con un poder sobrehumano pero sin la posibilidad de demostrarlo. Era la segunda vez que experimentaba la imperiosa necesidad de ponerme en manos de *Yas*, y de mostrarle al mundo —más concretamente a Gala— quién era yo, en qué consistía mi don, por qué yo era un sujeto especial. Y era también la segunda vez que, por una u otra razón, no pude hacerlo.

Gala permanecía atónita a los compases de Claudio, y mi envidia hacia este dejó de ser tan sana como al principio. Pronto comencé a sacarle faltas. —Lo atribuyo a que los celos afinan el criterio—. Tras unos breves minutos su música me resultó torpe y soez. Y, finalmente, ya no pude soportarla.

—¿De qué conoces a Berd? —pregunté, en un vano intento de atraer su atención.

—Oye... ¿siempre haces tantas preguntas? —interpuso con aire extenuado.

Las definiciones son importantes para describir el concepto. Pero encuentro que los ejemplos son fundamentales. Este, sin ir más lejos, ilustra perfectamente el de *bochorno*. La llama del ridículo me incendió hasta la coronilla. Si Gala me hubiese arreado un guantazo en la boca, no habría sido tan efectivo como su comentario.

Me quedé allí pasmado contemplando su oreja como un anormal. Solo después de varios minutos advertí que, además de preciosa, la tenía sin perforar. No supe qué conclusión extraer de ese hecho. Tampoco me atreví a seguir incordiándola con más preguntas. —Y menos de ese calado.

El sentimiento de redundancia se me hizo asfixiante, hecho que concurrió felizmente con que ya eran las ocho y media de la tarde; el inmediato reencuentro con Berd se me antojó la excusa perfecta para poner cada cosa en su sitio.

—Tengo que irme...

Gala ni me oyó, seguía absorta.

Fiel a mi conducta emocional de los últimos días, a punto estuve de echarme a llorar. Estaba completamente seducida, no sé si por la música o por el autor — probablemente por ambos—; de forma que mi cabeza comenzó a recrear el devenir de una magnífica tarde, en la que yo no sería el protagonista, y ni siquiera un artista invitado.

Impelido por una irrefrenable ansia de desaparecer me dispuse a abandonar el garito, a ser posible sin armar escándalo, sin pisar a nadie, ni tumbar ningún vaso, y casi lo conseguí.

Los gélidos dedos de Gala asieron mi mano justo antes de desaparecer. De la impresión, tropecé con la mesita derramando la consumición en su regazo.

—No he venido a verlo a él... creí que lo sabías —dijo con el mismo tono gélido de sus dedos, en tanto se quitaba una rodaja de limón de la entrepierna.

La observé perplejo. No entendía nada.

—¿Pensabas marcharte así?, ¿sin más? —insistió.

—No quería molestar... —me disculpé—, estabas tan... fascinada.

—Gracias por tu consideración, pero creo que eres jilipollas... o miope. Un miope jilipollas.

Se levantó furiosa y, soltando un resoplido, se fue disparada hacia la puerta. Mientras, yo observaba con preocupación los cubitos de hielo de mi *gin tonic* fundiéndose en el asiento de tela.

El frenético *scat* de Claudio me sacó del estupor. Con aullidos onomatopéyicos gritados desde su saxo, y gesticulando como si rematara un balón de cabeza, vino a advertirme que si no corría tras ella acabaría “corriéndome a boinazos”. Los rostros del público parecían reflejar la misma idea.

Salí pitando de allí antes de que se les acabara la paciencia.

Caminaba dando grandes zancadas a unos veinte metros por delante de mí. Corrí hasta darle alcance.

—Gala... espera —dije resollando—. ¿Se puede saber qué coño os pasa?

—A mi puedes hablarme de tú... —repuso sarcástica.

—¡Ja! Sabes que hablo de ti, de Berd... ¡Joder!, no os entiendo, primero hacéis que me sienta importante, que me lo crea, y luego pasáis olímpicamente de mí... ¡Por el amor de Dios, Gala! Hace solo unos segundos estabas alucinando con ese tío, ni siquiera oías lo que te estaba diciendo... —Ella seguía trotando—. ¡Para, hostia! —Ni caso—. Oye, no sé de qué va este juego... me estáis volviendo loco... tú me vuelves loco... —Gala aminoró la carrera—. Gala, tú... ¿quién soy yo?, ¿qué significo para ti?

—¿Quieres saber quién eres? —Se detuvo buscando palabras que debía de haber olvidado—. Eres el alfa y la omega.

¡Tócate los cojones! El idioma seguía mostrándose una barrera infranqueable.

—¿Me lo puedes explicar? —Hubiese añadido que imaginara tratar con un niño de parvulario.

—Todo empieza contigo y acaba en ti... por ti está todo lo demás... para ti...

—¿Se puede saber qué coño estás diciendo? ¿Qué empieza conmigo?

—El tiempo.

—¡Maldita sea!, ¡deja de decir chorradas y tómatelo en serio!

—León... —Me miró con aquellos ojos infinitos—, te hablo muy en serio, ya te dije una vez que las palabras no ayudan...

—Pues tendrás que hacer un esfuerzo —interpuse exasperado.

—Mira... cualquier cosa que te diga ahora no la vas a entender, no querrás entenderla... No seas impaciente, llegará el día en que despiertes, pero todavía te falta un camino que recorrer.

—¿Ahora hablas como Berd?

—Berd despertó.

Me estaba mareando en un juego de palabras escurridizas que acabarían conduciéndome a la pregunta del “ser o no ser”. No tenía modo de echarle el cepo.

—Está bien, está bien... tengo que despertar, vale, eso ya lo he captado, y mientras estoy dormido ¿qué se supone que tengo que hacer?, ¿qué esperáis que haga?

Me contempló desconcertada. Como si la cosa fuera evidente.

—Creo que Berd ya te ha hablado de ello...

—Berd me ha dicho muchas cosas —repuse muerto—, no recuerdo exactamente su respuesta. —Ni siquiera recordaba haberle formulado jamás una pregunta semejante—. ¿Puedes echarme una mano?

—Vive.

—¡Ah!, ¿solo eso? Y, ¿ninguna otra sugerencia del tipo “ama al prójimo como a ti mismo”?

—¡Hombre! —rió—, eso no estaría nada mal... y puestos a ello, podrías empezar por esta *prójima*.

No supe si lo decía en serio, pero desde luego que la habría amado, en mitad de la calle, rodeado de gente, a plena luz del día... no me hubiese importado. Sus ojos, su boca, su olor... Me estaba volviendo loco, no, ya me había vuelto loco. Comenzó a dolerme el corazón de tanto amor, un dolor físico. Gala no se parecía a nada que yo hubiera conocido antes —que hasta entonces no había sido gran cosa, salvando a Berd, obviamente—. Mis sentimientos hacia ella tenían un estigma atávico, muy similar a lo que experimentaba

hacia el *viejo*. Gala despertaba en mí una pasión animal, furibunda... Admito que con Berd, muchas cosas se confundían peligrosamente —o impúdicamente—. Sin embargo, él seguía siendo mi estrella, “el alfa y la omega” de Gala, por quien solo el fin se convierte en principio sin ninguna interrupción.

Reparé angustiado en la hora. ¡Eran casi las nueve!, ¡Berd!, ¡la partida! Tenía que largarme de allí a toda leche. Y como si Gala se hubiese pasado la tarde entera buscando arduamente el momento más inoportuno me preguntó:

—¿Te apetece dar un paseo?

De repente se me atragantaron las palabras de despedida.

Sin aguardar mi respuesta, Gala se asió a mi brazo y estrechó su cuerpo contra el mío. Yo sentí que las piernas se me hacían de gelatina. No podía decirle que no, ¡qué diablos!, no quería. Observé alarmado cómo la pesadilla de la noche estaba tomando forma a su manera, ¿o acaso la pesadilla no había sido más que una premonición? ¿Estaría tratando Gala de separarme de Berd?, ¿compitiendo con él? Recordé sus palabras: “Tú eres lo único que le interesa... y a mí también”.

“¡Maldita sea!”, ¿qué hacer? Esa oscura forma que tenían de expresarse...

“¡Al infierno!”, me dije. Si estaba con Gala es porque Berd tenía un interés especial en que yo la conociera, hasta puede fuera una de sus tretas. —A esas alturas, ya le había atribuido una capacidad profética que tal vez no poseyera—. Y, bueno, vale, me aferré a ese razonamiento para maquillar la certeza de que, sencillamente, le estaba dando plantón.

Así que me abandoné esperanzado al axioma de Gala: vive. Quizás con un poco de suerte, también se viera cumplido su corolario: “Ama a esta *prójima* como a ti mismo”.

Descubrí que Gala, como Berd, no era muy habladora. Y como Berd, cuando lo hacía solía emplear palabras mayúsculas —si no evangelizadoras—, en tanto que sus silencios, debían ser tomados por motivos para la reflexión. Ambos parecían reverenciar la máxima de que hablar no siempre era necesario, precisamente el polo opuesto que yo ocupaba, en su presencia. Y es que en su presencia, necesitaba cacarear como una gallina clueca, atiborrando de memeces esos silencios que, como digo, resultaban tan inspiradores y recomendables. No es extraño que Gala se defendiera con frases como “también el silencio es poesía”, o “en virtud de la palabra, el hombre es superior al animal, por el silencio, se supera a sí mismo”. Frases que sí entendí, pero a las que tampoco hice mucho caso: me “superaba”.

Una fina lluvia se empeñó en sacarle brillo a las callejuelas que rodean la Catedral, iluminada como una fachada de Gaudí a esas horas de la tarde. Sin una prueba evidente, me sentí bendecido por aquella sencilla y refrescante unción, y al instante —aunque no niego que siempre hubiera sido así—, me enamoré de Barcelona, como si fuera la primera vez que deambulaba entre sus calles adoquinadas; me enamoré de su gente, de los pintores que cubrían sus bosquejos por miedo a que el agua desbaratara todo el trabajo de un día, de los músicos que corrían a resguardar sus instrumentos, partituras y a ellos mismos, bajo los soportales góticos, sin olvidar sus estuches repletos de brillantes monedas de las cuales ninguna llegaba al euro. Me enamoré de sus escritores y de los rapsodas que se ganaban la vida dando lírica, en unas pocas cuartillas, a los sentimientos toscamente insinuados por otros; y me enamoré de los otros, de las parejas, los taciturnos, los vagabundos... El amor me sobrevino como una brisa fresca y perfumada que atraviesa una ventana abierta a un campo de amapolas: el aliento de Gala; y me enamoré de Gala, del contacto de su cuerpo apretujado contra el mío, de su calor, del olor de su cabello a tierra mojada —si bien puede que el olor fuese precisamente el de la tierra mojada, más que el de su cabello—, de su risa y de su prisa por escapar del aguacero en el que la fina

lluvia había trocado... Gala había transformado mis percepciones dando color a los tonos grises y melodías al ruido, perfumando el olor de las alcantarillas...

—¡*Leo!*, ¿quieres salir ya del agua, *so jilipollas?* —me gritó, protegida por el toldo del café.

Salí del charco de agua, empapado de amor y mirando al cielo. Buscando el motivo que le había llevado al Todopoderoso esperar todo ese tiempo. No obtuve respuesta y, francamente, dudo de que el Todopoderoso se hubiese percatado de que un jilipollas anduviese haciéndose esa clase de preguntas en medio de un chaparrón.

Gala, hacía algún tiempo que había dejado de llamarme León: ahora era “Leo”. Al principio me resultó un apócope afeminado, un esnobismo típico de las “bellas artes” de Gala, pero pronto acabé acostumbrándome, me gustaba, incluso llegué a considerar que se ajustaba más a mi “nueva” personalidad, de hecho, León: “Hombre audaz, imperioso y valiente”, tenía unas connotaciones poco representativas de mi verdadero talante, mientras que Leo podría ser visto como un diminutivo de todas aquellas virtudes —si bien una interpretación substractiva podría ser considerada incluso más acertada.

Entramos en el café de la Catedral, una de aquellas rara avis de la Barcelona modernista que conjuga el diseño de principios del siglo pasado —y gran parte de su mugre—, con la carta de repostería más vanguardista —es decir, minimalista—. Ocupamos un rincón, alejados de la entrada y del barullo, perdidos de agua y riendo con excitación como dos adolescentes a punto de “morder la manzana”.

El café también sabía diferente. La sensación de felicidad y de plenitud se me derramaba por las costuras, y, en momentos, no supe, no pude hablar. Las sonrisas nerviosas y las miradas de complicidad se habían convertido en la única forma viable y efectiva de comunicación. El silencio era poesía, como dijo Gala. Cualquier intento de expresar en voz alta esos sentimientos habría resultado soez o insuficiente. Esa tarde fue, sin duda, el mejor recuerdo que guardo de ella, la tarde en que por primera vez conocí el

amor, un amor infinito e infinitamente apasionado, un amor a su vez —el tiempo lo diría—, aterrador y profundo, agónico.

En mis juicios, una rotunda evidencia fue deshaciéndose de los nudos de la incompreensión: Gala se había cruzado en mi camino por una razón. El destino no comete errores. Ella era mi luz y mi guía. La luciérnaga en ese bosque oscuro de la vida.

Cogidos de ambas manos sobre la mesita de mármol, le entregué mi alma y mi cuerpo sin saber adónde me conduciría. Creo que esas cosas solo ocurren una vez en la vida y solo con una persona. No hay momento como la adolescencia para experimentar según qué tipo de sentimientos, del mismo modo en que no hay como una tabula rasa para empezar a enseñar.

Aquella tarde, el tiempo transcurrió a la velocidad en la que se suceden los momentos estelares: la velocidad de la luz; un fenómeno que parece multiplicar la intensidad en que estos se viven, haciendo que perduren en nuestra memoria, permitiéndonos abrazarnos a ellos y, a menudo —y quizás no tan saludable—, impidiéndonos vivir la otra realidad, la que transcurre a la velocidad de crucero, la de nuestro día a día.

Y por lo visto, ese era el caso: casi las doce y Petit esperando en el *Harlem*.

Pesaroso, anuncié a Gala mi deber de regresar. Juzgué que no debía de quebrantar todos mis compromisos el mismo día.

Afuera, había cesado de llover. Gala, ajena a las condiciones climatológicas, se aferró a mi brazo como en una noche gélida de invierno y me acompañó dando un delicioso paseo hasta el *Harlem*. Frente a la puerta, insistí en que pasara a tomar una copa. Me resistí a ver como se evaporaba dejándome abandonado entre la multitud, y aturdido por el efecto de una ilusión. Pero Gala madrugaba: las clases... La imaginé sentada frente al pupitre, atenta a la lección magistral que impartía un catedrático de arte vestido de adolescente, y a miles de aves rapaces atendiéndola a ella, como viejos verdes. La imaginé

en el bar de la facultad tomando café y riendo desenfadada con los amigos, y a los amigos buscando el modo de llevársela al catre. La imaginé estudiando en el piso del *Raval* con el cabello revuelto y el escritorio atestado de libros, e inevitablemente, imaginé a los otros dos pervertidos desnudos en el sofá, contemplando la telenovela, y haciendo tiempo para que diera comienzo la bacanal. ¿Cómo se las arreglaría ahora para hacer todas esas cosas sin que yo estuviera a su lado... sin dejar de pensar en mí... ansiosa por regresar a mí? Y, de pronto, caí en la cuenta de que estaba pensando por ella, y, claro, solo pensaba en mí.

De puntillas, como la primera vez, me besó, solo que esta vez fue en los labios. Un beso húmedo y profundo, con labios de mantequilla y un irresistible olor a carne, sin aditivos ni conservantes. Creí desfallecer. Desvergonzada, posó su mano en mi bragueta y se despidió de forma enigmática: “Nunca es más oscura la noche que cuando está a punto de amanecer”.

¡Cuánta sabiduría! Si solo hubiese podido entrever...

Tras la despedida, el recuerdo de las horas que siguieron en el *Harlem* fue impreciso y poco interesante. Después de pasar inevitablemente por el lavabo, me fui a la barra a servir. Petit me sonrió como si ya estuviera al cabo de mi compulsión, y me puse colorado. Aquella noche, dos clientes la emprendieron a puñetazos y, merced a la mediación del *gigante*, acabaron abrazados en la barra hasta beberse el agua de los floreros. Por lo demás, unos cuantos vasos rotos —muchos menos que en mis primeras actuaciones—, unas cuantas patadas y pisotones, algunos damnificados por el tinte, mil disculpas, y mi cabeza, a muchas manzanas de allí.

Solo cuando finalizaba mi horario de servicio, supongo que debido al cansancio y a que comenzaba a remitir el hechizo de Gala, un pensamiento se abrió paso en mi cabeza y, con él, un sentimiento de angustia: Berd. Se me había borrado de la memoria. Ni siquiera había tratado de ponerme en contacto con él. Me censuré, golpeándome — involuntariamente— en la herida. Pensé que tal vez Gala estuviera en posesión de su número de móvil, lo cual habría sido de gran ayuda si yo hubiese dispuesto del número

de móvil de ella. Petit tampoco tenía el maldito número, o no quiso dármelo, no estoy seguro. Una auténtica catástrofe. Aquella sensación de zozobra ya no me abandonaría a lo largo de los días de silencio y desamparo que se sucedieron.